

UN LUGAR, UN ARTISTA JOAN MIRÓ Y MONT-ROIG DEL CAMP



PERFIL

El más surrealista

■ Joan Miró es, sin duda, uno de los artistas catalanes más universales. Nacido en el pasaje del Crèdit de Barcelona en 1893, murió en Palma de Mallorca en 1983. El fundador del surrealismo, André Breton, dijo de Miró que era "el más surrealista de todos". En los años veinte del siglo XX, el pintor frecuentó los ambientes artísticos de París, y fue allí donde conoció desde Ernest Hemingway a Paul Eluard, Max

Jacob y otros muchos que cambiarían el mundo del arte. Su obra puede contemplarse en los más prestigiosos museos de todo el mundo, y una parte importante sigue concentrada en la Fundació Joan Miró de Barcelona y en la de Palma, con unas 11.000 piezas. Aunque su faceta más conocida sea la de pintor, trabajó intensamente otras modalidades artísticas, desde la escultura, la cerámica e incluso el tapiz.

La sala dedicada al cuadro *La masía* en el Centre Miró de Mont-roig del Camp; el original está expu-

Miró, el loco de

Durante veinte años (entre 1955 y 1975), Miró no falló ni un solo verano a su cita con la masía de Mont-roig, a la que llegó a causa de unas fiebres

TONI ORENSANZ
Mont-roig

El pintor Joan Miró puso los pies en Mont-roig por primera vez en el año 1911, cuando tenía sólo 18 años. Y esta localidad del Baix Camp, costera, se convirtió para él en su universo rural de tomates, olivos y algarrobos. Así fue casi todos los veranos, hasta el año 1976. Eso sí, desde su llegada, y para la mayoría de vecinos de Mont-roig, Miró fue aquel tipo un tanto extravagante que, ya a principios del siglo XX, hacía unas cosas rarísimas en la pla-

ya, que, con el tiempo, todos llamaríamos gimnasia, sueca para más datos. Y tanto o más extraña que la gimnasia resultaba a los lugareños el footing cotidiano del artista. Un hombre corriendo, ¡menuda insensatez!

Joan Miró era barcelonés, pero en 1911 el contagio de unas fiebres lo llevaron hasta Mont-roig del Camp por prescripción médica. En esta población, sus padres habían comprado poco antes una masía que hoy en día es conocida, lógicamente, como Mas Miró. "El padre de Miró lo envió aquí con los masoveros y con una sola recomendación: que coma lo que quiera y que lleve la vida que

quiera, porque lo importante es que recupere la salud", cuenta Martí Rom, estudioso de la relación de Mont-roig con el artista, a quien entrevistó en distintas ocasiones. Con la sola misión de sanar, el joven Joan Miró se sintió a partir de aquel momento el rey del mambo y estableció una relación de por vida con la masía y su entorno rural.

Su actividad diaria era de lo más saludable por lo que se conoce, e incluía los ejercicios de gimnasia sueca y el footing. "En aquella época no era como ahora; la gente no iba corriendo para hacer deporte, sino que iban andando o en carro, y los vecinos de



MARC ARIAS

Lo mejor

EL CENTRO MIRÓ

El Centre Miró de Mont-roig, aunque modestamente, permite conocer la relación que el artista mantuvo con esta localidad desde 1911 hasta 1976. Situado en la antigua iglesia de la población, el centro permite contemplar imágenes del pintor, reproducciones de los cuadros pintados en la localidad, películas y documentales y, en definitiva, conocer un poco mejor el universo rural que fascinó al artista.



MARC ARIAS

esto en Washington, prestado por Mary Hemingway

el footing

Mont-roig veían a Miró corriendo vestido de un modo extraño, y hablaban de ello y creían que estaba loco”, explica Angelina Rovira, hija de los que fueran caseros del Mas Miró entre 1955 y 1975.

En ese periodo de veinte años (entre 1955 y 1975), Miró no falló ni un solo verano a su cita con la masía de Mont-roig, que está alejada del casco urbano unos tres kilómetros. El edificio recuerda a una hacienda de indios y de hecho Ernest Hemingway contaba que tenía reproducido su jardín en una villa cubana.

“Hemingway se presentó aquí un día que Miró estaba en Barcelona, y quiso fotografiar la masía, pero mi padre no se lo permitió”, recuerda Angelina Rovira. Eugeni Rovira, el encargado de la finca, tenía órdenes precisas de no dejar tomar fotos del edificio ni del entorno bajo ningún concepto, y se aplicó a ello. “Y Heming-

way venga a insistir y mi padre, que de ninguna manera”, añade. Al final, no hubo foto, y hasta a Miró no le sentó nada bien que su amigo norteamericano se hubiera acercado a la masía de Mont-roig sin previo aviso.

Por otear el mar al amanecer, la Guardia Civil lo detuvo al confundirle con un contrabandista

Puestos a considerar a Miró un tipo extraño, otro episodio local se suma al anecdotario. El artista tenía por costumbre acercarse a la playa a ver amanecer. “Y estando en la playa, mirando al mar, con la mano sobre los ojos haciéndole de visera, llegaron los

carabineros y lo detuvieron por contrabandista”, cuenta Rovira. Tan sólo lo dejaron marchar al comentar la detención con uno de los vecinos, que fue concluyente: “Nada de contrabandista, lo que es este señor es un artista”. Cosa rara.

En su masía, Miró pintaba a todas horas. Eran pocas las visitas que recibía y eran pocas las personas del pueblo con las que trataba más allá de los vecinos de los alrededores. “El era consciente que su relación con el pueblo era un tanto curiosa y es normal que así fuera porque vivía aislado, no conducía y tampoco era un hombre de ir al bar o al café”, razona Martí Rom. Si en algún lugar se dejaba ver era en el cercano Mas d'en Romeu, a donde solía asistir a misa los domingos. “Se pasaba la mayor parte del día pintando en solitario, y hasta los niños teníamos absolutamente prohibido entrar en el estudio, bajo ningún concepto”, remacha Rovira.

Siesta bajo un algarrobo

Pintaba, dejaba que su esposa Pilar lo cuidara (“no comas esto, tómate la pastilla”) y salía a pasear por las fincas. Tenía auténtica devoción por las tomates, por los olivos (y por las aceitunas) y por los algarrobos. De hecho, se conservan algunas imágenes de Miró durmiendo la siesta bajo un algarrobo. “Contaba él mismo que cuando viajaba siempre metía en la maleta un sobre con una algarroba en el interior, como si fuera una especie de conexión a la tierra, a sus raíces”, cuenta María Pilar Just, del Centre Miró de Mont-roig.

Más difusos son los recuerdos que guarda Josep Rovira, uno de los nietos de Eugeni, el casero. Josep Rovira era un niño cuando Miró dejó de ir a la localidad, pero se divierte recordando la sorpresa que tuvo cuando descubrió en la escuela que su “senyor Joan” era, nada más y nada menos, que el artista universal del que hablaban los libros de texto. “Al llegar a casa, recuerdo que hasta lo pregunté: ¿el Joan Miró pintor es el que nosotros llamamos senyor Joan?”, explica. Le respondieron que sí, naturalmente.

En 1975, Eugeni y su mujer se jubilaron, y cambiaron los encargados de la masía. Un año más tarde, Miró y su esposa Pilar decidieron no volver a veranear en Mont-roig. El de septiembre de 1976 fue el último mes que pasaron en Mas Miró: dicha página del calendario sigue colgada, amarilleante, en su estudio, donde el tiempo parece haberse parado.●



MARC ARIAS

Lo peor

LA CERCANA CIRCUVALACIÓN

La nueva circunvalación de la N-340 a su paso por Mont-roig, a punto de finalizarse, transita a unos pocos metros del Mas Miró, con lo que la contaminación acústica es altísima. Las obras han provocado incluso algunas grietas en las paredes del mas, por otra parte muy poco habitado durante largo tiempo. El entorno rural de uno de los artistas catalanes más universales ya no es el que era.